

FM/2063

La Novela Semanal

La chica de la —
Arganzuela — por
Antonio Casero —
Precio 25 cts.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid



FM / 2.063

PUBLICACIONES PRENSA GRAFICA

AÑO I 26 DE NOVIEMBRE DE 1921 NÚM. 23

La Chica de la Arganzuela

Novela de Antonio Casero

(Ilustraciones de Antonio Casero, hijo)



HERMOSILLA, 57. MADRID

Ayuntamiento de Madrid

R/97.683

Ayuntamiento de Madrid

PRIMERA PARTE



Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid



La Chica de la Arganzuela



LA Chica de la Arganzuela llamaban á la Sole en el Campillo del Mundo Nuevo, por junto al Matadero y la Arganzuela, donde había nacido aquel encanto de criatura, que mejor no la hubiera pintao el Murillo, como decían,

al verla, las comadres de la vecindad.

Se crió en el arroyo; era una florecilla silvestre. Su padre, el señor Leandro, carpintero de armar, del Comité progresista del barrio, bebedor de las



ideas democráticas y bebedor del tintillo manchego, ú castellano, que en esto del vino, «viva España con honra, que lleva la bandera del buen morapiol», como él decía. Era el señor Leandro un ciudadano que no daba importancia á los asun-



tos del hogar. Fué un hombre feliz; se levantaba cantando y se acostaba lo mismo; presumía de ello, y era solicitado en muchas ocasiones por la gente del bronce y bullanguera para decir una copla bien dicha y con sentimiento, que gusto tenía para ello y buen estilo también.

Se hacía rogar; y después del preámbulo de rigor y la disculpa de que si la voz ó la ronquera, ó de no estar á temple, sin forzar el gesto, como los profesionales del flamenquismo, de una manera fácil, acompañándose de golpecitos con la mano izquierda sobre la silla, y accionando el cante con la derecha, cantaba su copla recordando al *Breve*:

«Las doce en el reloj daban
cuando mi padre expiró;
mi pobre madre lloraba
al ver que se le acabó
el árbol que nos guiaba.»

Unos cuantos olés, palmoreo y vino premiaban al artista, que, después de llevarse toda la noche cantando y bebiendo, agasajado por todos, y por todos proclamado el rey de la juerga, aún tenía humor para entrar por el patio de su casa, á la que despuntaba la aurora, entonándose aquello de

«Son las tres de la mañana.
Viene clareando el día...»

Atravesaba el corredor, y al llegar, no sin grandes trabajos, á la puerta de su casa, llamaba á su parienta, siempre cantando:

«Abreme la puerta,
puerta de la calle;
ábreme la puerta,
que vengo de cante...»

«Traigo la capa rastjera;
no digas, tormento mío,
que traigo la filoxera.»

.....

Dormía unas horas, y en seguida su tartera y al trabajo. Pero lo verdaderamente notable es que aquel hombre, después de una noche de juerga, de cante y de vino, andaba por los maderos de las obras en construcción lo mismo que por su casa, canturreando, siempre alegre y feliz. Para él no había más penas que las de las canciones que él cantaba, que sabido es que el cante flamenco lleno está de «penitas hondas», de «malas partías» y «peores quereres». Todò eso aderezado con: «Ya suenan las campanitas»; «Ayer se murió mi mare»; «Las flores del camposanto»...

Su mujer, la señá Remigia, madrastra de la Chica de la Arganzuela, era cigarrera, y en su rancho no hubo quien la ganara á darles forma y echarles la capa á los puros quinceños sin que se notara la goma. A la que daban las siete en el reloj de cuco del tapicero de al lado, mirándose en un trozo de espejo que sobre la pared sujetan unas tachuelas, se peinaba y repeinaba, brillando su pelo, ya canoso, por el exceso de bandolina. Se colocaba en su artística cabeza el pañuelo de seda blanco de dos dobleces y en pico, y con el lazo flojo; echaba sobre sus hombros el de crespón rameado, y antes de salir á la calle para ir á la fábrica, llamaba por el corredor á la vecina más de su intimidad:

—¡Manuela!

—¿Qué quieres?

—Ya sabes: que me voy al currelo; echa un ojo á la casa y á este diablo de chica, que le voy á decir á su padre que la meta en el Hospicio. ¡El demonio del crío! Y tú, sabandija, ya sabes—la decía á Sole—: como te muevas d'aquí, te aso, desgalichá, que tiés la casa que paece mismamente un dormitorio de monos...

Todo esto acompañado de un golpe con que obsequiaba á Sole como despedida.

—Adiós, Manuela.

—Hasta luego, Remigia, y veste descuidá.

—Oye: si viené el de los plazos de la cama, dile que *ora pro nobis*, que le rece un credo á este mes, q'ha sío pa nosotros el tío de Nerón.

—Se le dirá.

—Y si sube la portera con el cuplé de moda, que le diga al administraor que se siente, que pa eso es sillero.

—Veste descuidá.

—Y á la chica, ¡duro! ¡Dala! Oye: y ponme á cocer en tu lumbre, pa luego, unas judías; q'aunque no es una cena mu católica, abriga.

—Anda, mujer, que tienes más postdatas que la misiva d'un quinto.

—Hasta luego, que la maestra Bernarda está con la bilis.

—Anda con Dios, y que El te guíe.

Y cimbreado su cuerpo como una muchacha de quince abriles, iba por la Ronda de Embajadores, camino de la Fábrica, Remigia la del Leandro, mientras en la casa, solita y sin amor de nadie, y tan sólo al cuidado de una vecina, que bas-

tante tenía con cuidar de su casa y de su labor, se queda la Chica de la Arganzuela, que, en cuanto podía burlar la vigilancia de la vecina, se echaba á la calle, á correr y saltar con las chicas del barrio, y á aprender las miserias del arroyo, ya que los suyos no se preocupaban de que aprendiera en un colegio lo que aprenden los niños: á leer y á ser buenos.

No sabía lo que era amor de madre; no la enseñaron ni á rezar por ella.

Así se criaba este gorriocillo sin nido, que picaba de un lado á otro, en constante revolotear por el Campillo del Mundo Nuevo y por junto al Matadero y la Arganzuela.



II

Mal se les presentó aquel sábado á Remigia y á su hombre. Regresaba, al anochecer, la cigarrera por la Ronda de Embajadores, menos postinera que de costumbre y con cara de muy pocos amigos; no se la dió bien el día; hizo pocos sellos de cigarrros. Las hojas veteadas que recibió para los puros no la dejaron lucirse en su labor, y ella no quería ser «mochuelera», que así llaman á las que elaboran mal. Con tan mediano género, ni podía tomar bien la *tripa* del tabaco, ni poner el *cacho*, ni *liar el niño*, ni hacer la *perilla*, ni trabajar con la mano izquierda, que es como salen las capas de los puros más lucidas. Por si fuera poco, la tocaba fiadora, y ya cantaban las chicas de su «rancho» aquello de

«Ya llegó el día de cobre,
el día de los apuros:
unas se van por pitillos
y otras se van por los puros.»

La *inquisidora* de Remigia, ó sea la fiadora, que tenía que cobrarla la peseta quincenal por duro, salió al encuentro de aquélla. La *vezó la letanía*, se disculpó la cigarrera de no poder pagar; la fiadora no aceptó la disculpa de Remigia, y á la salida del taller dieron el *rutín* junto á la puerta de la Veterinaria.

—Tú me pagas á mí lo que te corresponde del cordero del lunes en Cuatro Caminos, ú se te vuelve lobo.

—¡Qué miedo d'animalito! Ya te he dicho qu'el sábado que viene cumplo, y lo que yo digo va al *Tedeum*.

—Déjate de leyendas, y á galapagar.

—Hay baches.

—Pos bien te gustaba rebañar en la cazuela.

—¿Eres mi tenedora de libros?

—Soy lo que sea; tú abona y no te vengas con la historia de los Balcanes, que pue que te tengan que prestar los primeros auxilios en la Escuela de Veterinaria.

—Pa prestar tú... ¡Chit! ¡Cuidado con el mantoncito, que se chafa!

—¡Mira q'hacemos una película!...

—¡Pero que como pa tomar azahar en porrón ú con barquillos!

—T'azvierto que me peino de peinaora.

—Quedamos en que perdona por Dios, hermana, y el sábado que viene hablaremos de la creatura.

—¿Por qué lao de tu cara tiés predilección, por el del lunar ú por el otro?

—¿Me vas á tatuar?...

—¡Te voy á dejar las narices mirando pa la Alcarria!...

Y no terminó de decirlo, cuando iracundamente se abalanzó sobre Remigia, entablándose entre ésta y la fiadora una lucha, que no pudieron evitar las compañeras.

Los espectadores de estos regocijos populares



relan y vociferaban, y no faltó más que se hubieran cruzado apuestas, como en un circo gallístico, y ovación á la vencedora. Por fin lograron separarlas; y hubo comadre que tal maña se dió para ello, que logró que se abrazaran. La del fiado siguió con un grupo de aduladoras por la de Embajadores arriba, haciendo el comentario de la pelea, y Remigia marchó por la Ronda, tapándose los arañazos con el pañuelo y murmurando para sí:

—¡Que yo no la pago, es viejo; y que ella me las paga á mí, es antidiluviano!

En su casa esperaba ya el señor Leandro, impaciente y temeroso de comunicar á su costilla la sensacional noticia de haberse quedado de más. Como un relámpago entró Remigia en su casa, tirando el mantón sobre una silla y el cestillo sobre otra; y encarándose con Leandro, que veía mal temporal, le dijo:

—¿Qué pasa? ¿Qué te pasa? ¿T'has metío á filósofo?

—Mujer: es que te he visto entrar así, tan, vamos, que no es broma, hasta el reloj se ha parao del susto.

—Cuidao con las chufas, que te tiro á la cabeza este perro de lanas d'escayola.

—¿Qué te pasa, mujer? ¿A qué viene esa entrá que has hecho de «María la Brava»?

—¿Y tú por qué estás ahí en la misma actituz que Don Gonzalo d'Ulloa, cuando no s'acerca á escuchar? ¿No has cobrao?

—Yo sí he cobrao. ¿Y tú?

—Yo también, y en duros; pero que muy duros, porque ¡miá qué cardenales!

—¡Ay, mi tía! ¿Quién ha profanado tu marfileño cutis?

—¡La fiadora!

—¡El marido es pa que haga yo con él virutas!

—¡Pero qué marido, si no es casá!

—Pos al *chusquel* que la extienda el padrón le pido yo explicaciones.

—Reposa, chacal; esto es cosa de mujeres.

—No me quites la voluntad, que llevo cartas pa echarle órdago á la grande, y como diga ¡quiero!, le tienen que llevar á su casa por entregas, como las novelas.

—De lo mío, punto y aparte, que esto se arregla con media d'anís del Diablo, de la tienda de Melitón, que tié la exclusiva, y es buen licor pa los suetos y los soponcios; y de lo tuyo, ¿qué?

—De lo mío, un paisaje de otoño y al fondo el Viaducto.

—¡Me pasmas!

—Pos arrópatate, pa que sudes, y oye.

—¡Vaya sábado!

—A la qué llegué de la obra, va y me dice el maestro Elías: «El trabajo no cunde, no se le ve crecer.» «Pos le regaremos», contesté yo. Y va y me dice, dijo: «No es por ahí, pastor, que se te va el rebaño.» Y yo, acordándome de que soy progresista, le dije: «Misté: en lo suyo, ca cual hace lo suyo; y yo, que soy un gato p'andar por los maderos, lo defiendiendo á usted la lucana; y si canto, lo hago pa amenizarme el tiempo; y así como los equilibristas van por el alambre con una sombrilla japonesa, pa guardar el equilibrio, yo lo llevo con el cante; y, pa postre, que mientras q'usted me mira dende el

observatorio del tupi d'enfrente de la obra, faroleando con el solitario del meñique, yo hago juegos malabares con la existencia á muchos metros d'altura sobre el nivel del inmenso piélago, y sin valla ni red.» A lo que me repuso: «¿Tú eres de Madrid?» «Sí, señor, y del barrio del Matadero.» «Pos cualesquiera diría qu'eras de Sevres.» Total: que nos liemos de palabras; que apareció la maestra caca-reando; que yo la dije: «¡Usté, al fogón, que hay moscas!» Que ladró la *Linda*, qu'es una perra de caza que tié, mal educá; que la suegra salió gritando: «¡Cría cuervos!...» Que se rascó el chaleco; que me abonó la semana, y me esculpió las siguientes frases: «¡Pa ti este taller, cerrao por defunción!» Q'á mi me entró la carcajada histórica, y que, entonándome por Levante, salí cantando:

«Agüita que tú me niegas,
agua que no beberé;
no faltará un arroyito
donde yo aplaque mi sed».

Y aquí me tiés dispuesto, si hace falta, á que me compres un navío y salga por esas calles disfrazao de marinero, con una cartelera que diga «Churruca», expendiendo alcahueses.

—Pos, hijo, has dao un golletazo al cocido; porque tal y como están las cosas, no vas á encontrar trabajo ni con lupa.

—Pero tengo una caja d'ahorros, qu'eres tú, paloma...

—Déjate de juegos de manos, y date á la reflexión.

—Oye, que no soy de Grecia.

—¿Por qué?

—Porque no tengo na de sabio; tú vas pa Carabanchel, y has tomao el de Pardiñas.

—Resumen: que dende mañana estudiamos pa estoques, y que vamos á tener que ir á tomar inhalaciones de guisao en ca de la vecina. ¡Ay, Leandro, d'esta hecha nos ponemos de moda!

—¿Cómo dices?

—Que perdemos ocho kilos.

—Pero á tu lao, el hambre es almíbar.

—Sí. De las monjas Rupertas; pero se van á poner en esta casa los bostezos á cinco el millar.

—Conque tú me quieras, y yo te quiera...

—Güeno, deja la escena del *Tenorio* pa otro día, porque hoy está la cosa p'al ferropirusiato.

—¿Quiés una «Gabriela» bien dicha?

—Déjate de «Gabrielas» y piensa en que lo que aquí hace falta son «gabrieles».

De pronto se oyen en el patio voces, gritos y una gran algazara; se increpan las vecinas; ladran los perros de la vecindad; el portero trata en vano de imponer silencio; señá Manuela, desencajada y nerviosa, entra llena de terror; Remigia y Leandro, al verla despavorida, se asustan y piensan en que algo grave la debe pasar á aquella amiga del alma, que de tal forma se presenta ante ellos.

—¿Qué es eso?

—¿Qué pasa?

—Na, no pasa na; no la peguéis, por Dios, qu'al fin es una creatura.

—Eso es la Solel

—¿Qué habrá hecho la indina?



—Na, no ha hecho na; que jugando con las chicas, han tirao una piedra y han hecho cuartos menguantes la luna llena del escaparate de la tienda d'ultramariños del tío *Tiñama*.

—¡Ay, su agüela! ¡S'acabó el fiaol

—¿Ande está esa bribona?

—Aquí la tenéis; pero pegarla, no.

—¡Ven aquí, arrastrá!

—¡Remigia, por Dios, que no eres su madre!

—P'al caso, como si lo fuera.

—¡Si no he sío yo; fué la chica del casquero del callejón del Mellizo

—Pero, ¿á qué jugabais, condená?

—A las pedreas; nosotras, las de la Arganzuela, éramos las del Mundo Nuevo, y la Luisa, la del pintor, con su patrulla, eran las de la «Llorosa». «¡Alanti con ellas!» Nos venían acorralando por la Ronda; y al llegar á las tapias del Matadero, nos hicimos fuertes; arremetimos contra ellas, y como la noche está nublá, una piedra perdida hizo añicos la luna del tendero.

—Claro. Y el eclipse total.

—Anda pa dentro, que te voy á dejar como pa venderte á cinco el bote.

—Leandro: deja á la chica.

—Sí, por Dios, no la peguéis.

—¡Ay, hija, no pluralices! Eso á su padre. ¡Ni que fuera yo la corruptial

—Mujer: no es por ahí.

—Ahora, que esto no pué seguir así; esta galo-cha no tié freno.

—¡Ahí le duele! ¡Sus lo estoy diciendo yo! ¡A esta plña no la educáis, y ya es una moza!

—Aquí está su padre; que diga lo que hemos hablao antinoche y anoche, y siempre.

—Tiés razón.

—Y de ahora no pasa; á ésta se le acabó la calle; dende mañana, á un taller; y de este caso vamos á hablar ahora, pero que muy en serio y en petite comité.

—Güeno; yo sus dejo, que tengo unas sardinas á la lumbre.

—Déjalas, mujer, que allí no tien frío, y quédate, que tú eres como de casa.

—Se suplica la brevedad.

—Habla tú, qu'eres su padre.

—Ven acá, niña: vas á cumplir quince y no sabes quiénes fueron los irraelitas.

—Anda, güeno: los cerrajeros del Corralón, que los llaman así porque explotan á los paganos.

—¡Ay, qué rica!

—Esta chica es un código.

—Al grano.

—Niña, aquí hay que trabajar; esta casa, pa que lo entiendas, es como los carros de verduras que ves por la cuesta de la calle de Toledo, que los suben con miles de trabajos. La casa es el carro; tu madrastra, la mula de varas...

—¡Oye, tú, cuidao!

—Es un símil.

—Yo, el macho, y tú el borriquillo que tira y ayuda á subir la cuesta. ¿Estamos? ¿M'has entendío?

—Sí, señor: qu'usté es un macho, y la tía una mula.

—Y tú una desvergonzá.

—Dejar á la chica de camelos. ¿A ti qué te gusta m's? ¿Qué quedarías tú ser?

—Vamos, niña, habla.

—¿Yo? Cupletista.

—¡Pa matarla!

—Eh, cuidao, que no ha dicho ninguna cosa complicá. Cupletista es la chica de Manolo el bizco, y ya gasta su padre borsalino y encendedor de plata.

—Pos, hijo, echa el «cumplèto», que has cargao; a niña, cupletista; el padre, canario flamenco, y el porvenir en litera.

—Además, que falta saber si tié condiciones.

—Pos cantando «El Serranillo», cojo al final una perra, que m'aplauden mucho las chicas.

—Perra la que vas á coger como no aprendas modales, desvergonzá.

—Dejaros de tonterías, y si queréis, yo hablo pa que la admitan en casa «Madame Gutiérrez, Robes, Modes», y pue que si es laboriosa llegue á ser una buena modista.

—No tié eso mucho porvenir, porque al paso que van las modas, con media vara de tela se va á poder hacer una señora un vestido.

—Usté, como de costumbre, mirando las cosas con gafas verdes.

—Tié razón la Remigia.

—Lo que hace falta es que la recojan en alguna parte, que no ande tirá por el arroyo como un trapajo.

—¿Y tú qué dices á eso?

—Que, ¿cuándo cenamos?

- ¡Sinvergonzona!
- ¡Déjamela!
- Pero, ¿qué he dicho yo?
- Que no peguéis á la chica.
- ¿Se pué pasar?
- Arrea, la portera, que nos viene á cantar el
hizno de Riego. ¿Qué pasa?...
—Que m'ha dicho el admenistraor que mañana
sus pone los muebles en ridículo.
- En ridículo, ¿por qué?
- No creo que, puesto este ajuar en la linda
calle, vayáis á presumir con él de sillería estilo
Luis XV.
- Pero, ¿y será capaz?
- A ese tío le arrugo yo el bienestar, pero que
ahora mismo.
- ¿Ande vas tú?
- ¡Dejarme!
- Sujétale, Remigia.
- ¡Padre!
- ¡Lo mato!
- Voy á decirle que arregle sus cosas, que viene
la gripe... ¿No oléis á quemao?
- ¡Así se le queme la casa!
- ¡Señá Manuela!...
- Esa es la chica del tapicero.
- ¡Señá Manuela! ¡Señá Manuela!
- ¿Qué pasa?
- ¡Una catástrofe!
- ¡Habla!
- ¡No puedo!
- Agua; darle agua...;
- Pos que las sardinas que tenía usted á la lum-

bre, han pasao á mejor vida con raspas y to: ¡s'han
achicharrao!

—¡Ay, mis sardinas!!...

—¡Y nosotros echaos de la casa!

—Vaya sábado el que ha amanecido hoy.



III

En una calle de las de segundo orden de la popular barriada de Chamberí, y en un piso entre-suelo, con dos balcones, está el taller de modista de «Madame Gutiérrez», oficiala que fué de «Madame Pilili». No quiso ser menos que su maestra, y estableció su taller de confecciones con una gran esplendidez de muebles de estilo moderno que compró á plazos á un trapero de la Ribera de Curtidores.

Ocupa dos huecos de la fachada del modesto pinito un cartelón que, con letras muy historiadas, dice:

«MADAME GUTIERREZ»

MODES

ROBES

CHAPEAUX

MANTEAUX

ON PARLE FRANÇAIS

Efectivamente; allí el único que habla francés es Gutiérrez, esposo de la modista, guardia que fué de los del distintivo tricolor, y que le habla tan mal como el de su madre patria, que hombre es éste de los que dicen «truje», «endenantes», «mismas» y «lleguemos».

Las contadas veces que entra en el taller alguna señora de la vecina República, atraída por la pom-

posidad del cartelón de las letras historiadas, la escena es comprometida y graciosa; pues mientras las tres oficiales, la hilvanadora y la *peque* hacen esfuerzos para reprimir la risa, la señora de Gutiérrez, muy entonada y levantando la voz, como si de esta forma se hiciese entender con más claridad, dice á la parroquiana extranjera:

—*Asellez-vous, madame, que maintenan viendra ici le interprete.*

Hace una ceremoniosa y ridícula reverencia, y, al oído, le dice á la *peque*:

—Corre, ve y dile al maestro, que estará en la taberna de abajo, que suba, que ha «caído» una extranjera.

Y mientras la *peque* hace el encargo, «Madame Gutiérrez» expone á la parroquiana las revistas de modas, para que vaya eligiendo las formas de vestidos más de su agrado; las muchachas del taller siguen haciendo esfuerzos para no reir.

La *peque* entra en la taberna, donde Gutiérrez, con dos amigos, juega al tute, y, acercándose al maestro, le dice:

—De parte de la maestra, que suba usted en seguida, que hay una francesilla.

Y Gutiérrez responde:

—Anda, chico, dale á la chica una madalena, y tú dile á la maestra que, con las cuarenta y veinte en copas, inquitables, y dos juegos que llevo perdíos, no me levantan d'aquí ni con grúas en un ratito; que la distraiga con el gramófono, y la ponga, si es francesa, «La Madelón».

Cerca de una hora lleva repasando ilustraciones de figurines de modas, á los que hace comentarios

la parroquiiana francesa, asintiendo «Madame Gutiérrez» á todo con una forzada sonrisa y un ¡güil, ¡güil, cuando se presenta el guardia, que, después de un ceremonioso saludo, comienza, con grandes dificultades, á hablar en francés con aquella señora que, á buen seguro, viene á encargarse media docena de vestidos. ¡Qué menos!

Las oficialas hacen graciosos comentarios, admiradas del intérprete, su maestro; quizá desde que ellas entraron en este taller sea esta la primera vez que le oyen hablar en el idioma de Molière, menos cuando las dice, á hurtadillas de la maestra, «trés jolies». Hasta la «menegilda» de la casa sale á oír á su amo, escondida detrás de los portiers. Aquello es un verdadero acontecimiento; y mientras Gutiérrez suda tinta china para hacerse entender y entender lo que le dice la *madame*, su esposa le mira y admira con los impertinentes, mascullando para sus adentros: «¡Qué cultura de hombre!»

De pronto, Gutiérrez, llevándose las manos á la cabeza, suelta una palabra demasiado española, y dice con asombro á su mujer:

—Aquí, no es una parroquiiana; aquí, es una comisionista de la Casa Gardelle, de Lyon, que te viene á cobrar una factura de ¡cuatrocientos francos! ¡Vaya camelol!

—Dila que mojama de Alicante; dila que ¡trálarán!

—Mujer: eso es de difícil traducción.

—Dila que no *compre pan*.

—Yo no la digo nada, porque en el orden financiero estoy pez.

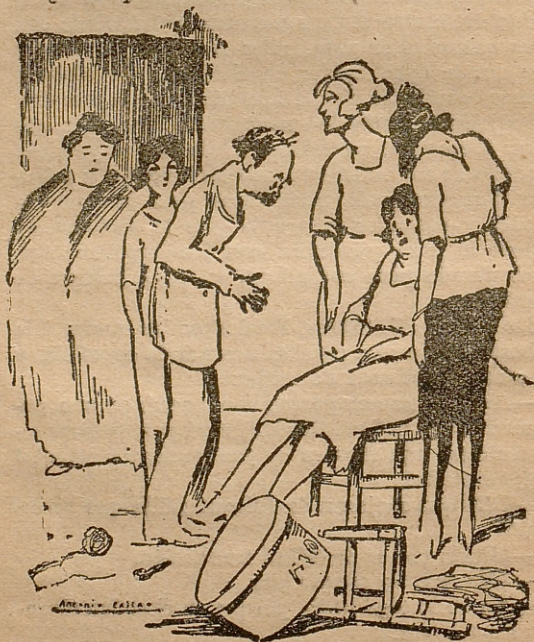
—Pues ya verás: «Madame: no entender. ¡La sorti pour ici!

—«¿Comán?»—respondía la francesa.

—Nosotros no comemos na entre horas.

La francesa chillaba, iracunda; la esposa de Gutiérrez también la decía en español lo suyo; una oficiala preguntaba á otra:

—¿Pero qué es esto?



—Ya lo ves—repuso la compañera—. ¡Una batalla de ajos!

En este crítico momento, y cuando más acalorados se encontraban los ánimos y Gutiérrez trataba de convencer, rebuscando frases en su Diccionario, á la comisionista de Lyon, y las oficiales sujetaban á la maestra, que en aquellos momentos recordaba que había nacido en la calle del Tri-bulete, apareció Manuela, la vecina de la Remigia, con la Chica de la Arganzuela, que se quedó aterrada ante aquella bronca internacional, y como diciendo: «¿Pero es aquí adonde me traen á instruirme?»

Calmados los ánimos, hizo mutis la francesa; á la señora de Gutiérrez la dió el consabido ataque de nervios, que es de buen tono entre personas «bien»; y mientras las oficiales, con sus abanicos, daban aire á la maestra, Manuela la hacía beber cucharaditas de tila con azahar; Gutiérrez la echaba el humo del cigarro, que dicen que es muy bueno para los soponcios, y el diablillo del arroyo pasaba minuciosamente revista al taller, suspirando y diciendo, admirada de ver tanta aguja:

—¡Me voy á divertirl!...

—¿Se t'ha pasao?—dijo á su esposa Gutiérrez—Aire; no atosigarla; dejar que respire.

Todos rodeaban á la maestra, que, lanzando un profundo suspiro, se dejó caer mimosamente en los brazos de Gutiérrez, exclamando:

—¿Dónde estoy?

—¡En mis brazos, reina del hilván!—díjola Gutiérrez—Reposa tú, espiritual criatura, que, á buen seguro, no volverán á perturbar tus horas felices

ni Francia ni todas las naciones extranjeras juntas.

—¡Ay de mí, qué decepción! Yo ya veía en lontananza... Creo que se dice lontananza...

—Lontananza, se dice.

—Yo ya veía un *trocheause* de postín.

—¿Qué tal, maestra?—preguntó una de las oficiales.

—Bien, hijas, bien; seguid con vuestra labor; esto ha sido pasajero; un leve desengaño; seguid, seguid trabajando.

Las muchachas prosiguieron su faena; la Chica de la Arganzuela miraba con asombro á «Madame Gutiérrez», y Manuela se acercó á ésta y la dijo:

—En mal hora he venido; soy yo, la Manuela

—¿Y qué te trae por aquí?

—Pos na; las amigas son pa las ocasiones.

—Con permiso—repuso Gutiérrez á su esposa—. Si no te hago falta, voy abajo á tomarme una con seltz, pa la emoción, y de paso á terminar la partida de tute que dejé pendiente.

—Anda, sí, ve y goza de la vida, mi perro fiel.

—Conque, sigue, Manuela; ¿qué te trae por aquí?

—Pos que como dende chicas semos amigas, aunque tú estás ahora más elevá, m'he dicho: yo voy á verla y á pedirla un favor; una obra de caridad, ¿sabes? Aquí este diablillo. Saluda á la maestra, condená—dijo á la Chica de la Arganzuela, que, entre dientes, repuso: «Hola»—. Es hija de un vecino que está casao en segundas con la Remigia, la cigarrera. El padre, qu'es un «viva la libérté», no se ocupa de la chica, y la madrastra, menos; y á mí me da cargo de conciencia que esté dende que amanece en el arroyo, aprendiendo lo

que no la hace falta saber; y me dije, digo: yo voy á ver á la Blasa, porque, perdona chica, pero tú serás siempre pa mí la Blasa, aunque te nacionalices en Mónaco y le hagas vestíos á la reina Palmira de la Arabia; y aquí estoy, pa que admitas á la chica en tu obrador; pa que aprenda un oficio y esté sujeta, porque, ahí la tiés, una moza y no sabe dar una mala puntá; y, vamos, que ya es justo que se emplee en algo, porque ya está crecidita p'al *matarilerilerile*, y aquí, por lo menos, aprenderá á saber que el *pan nuestro de cada día, dánosle hoy*, es, con su cuenta y razón, después de haberlo ganao honradamente.

—Sí; pero es el caso que andamos mal de trabajo; y, ¿qué hago yo con ella?

—Rífala, si quieres; pero ya te he dicho que la admitas, que es una obra de caridad.

—¿No has ido á la escuela?

—M'echaron porque hacía novillos.

• —¡Sí es fresquita la moza! ¿Y tú le tienes afición á este oficio?

—Yo no lo sé.

—Bien. Pues me quedaré con ella, pa que lleve las cajas de pruebas, y ya veremos lo que da de sí.

—Dios te lo pague; ya sabía yo que tú eras mu buena y que no se te había subío el *madame* á la cabeza. No sabes la obra de buena que haces con tener aquí á esta chiquilla refugiad, en un sitio donde se respira honradez y laboriosidad. Chica, da las gracias á la maestra.

—Muchas gracias.

—Lo que hace falta—dijo la maestra—es que seas buena y trabajadora, como lo son las que han

de ser desde hoy tus compañeras; este es un taller, aunque me esté mal el decirlo, muy acreditado y muy tranquilo.

No acabó de decir esto «Madame Gutiérrez», cuando volvió á aparecer, hecha una loba y acompañada de un guardia, la representante francesa de la casa de Lyon, á denunciar á la modista, que le había ofendido de palabra y obra. No es posible describir el escándalo que allí se armó; mientras la *peque* iba á buscar nuevamente á Gutiérrez, que acababan de fallarle las cuarenta, y llegó echando humo, las oficialas cogían á la maestra, que gritaba:

—¡Dejadme que haga ragú con esa mujer!

A los gritos, llegaron las vecinas; el guardia imponía su autoridad, inútilmente; volaban las sillas; el morrongó, huyendo de la quema, se escondió debajo de la cómoda; y mientras, en un rincón, Manuela decía á Sole:

—Ya lo has oído antes; no me dejes mal: sé buena y trabajadora, ya que has tenido la suerte de entrar en un taller mu acreditao y mu tranquilo.

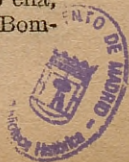


IV

No se amoldaba aquella roquilla á la sujeción del taller de «Madame Gutiérrez»; era una jaula donde no respiraba á su gusto; había poco ambiente, mucho trabajo; no era ella flor de estufa. Aquel ir y venir de un lado á otro por esas calles, con la caja de pruebas, siempre junto á la oficiala, como un perrito faldero, no la hacía muy feliz; además, ella iba teniendo pretensiones de mujercita; se miraba mucho al espejo y comenzaba á coquetear. Las compañeras, con retales sobrantes de las parroquianas, la hacían blusas y faldas primorosas.

Los de la tienda de sedas donde compraba, por encargo de la maestra, la obsequiaban con perfollos de bisutería y la daban al fiado medias de finísima transparencia, que abonaba á plazos con las propinas que iba recogiendo.

Se creía ya con méritos suficientes para apropiarse de los requiebros que los galanteadores dedicaban á las oficialas cuando ella iba acompañándolas. Ella sabía que era bonita; se lo habían dicho ya muchas veces, caminito del obrador, los chavales del barrio; y aquel sacrificio de encerrarse tanto tiempo en aquel lóbrego taller de confecciones, era su obsesión, y muchas tardes, en lugar de ir al obrador, se iba con otras descontentas, como ella, de otros obradores. á los merenderos de la Bom-



billa y de los Cuatro Caminos, donde alternaban con estudiantillos de poca monta, chulos de postín y organilleros de los del bucle sobre la frente y el pañuelo de seda á lo «galápago». Aquellos aires



la gustaban más; respiraba á su gusto, y, á cambio de la figura antipática de la maestra, siempre amonestándola, no faltaba un mocito que endulzara sus oídos con palabras de mieles y solicitara bailar con ella un schotis y otro y muchos, hasta las ocho

y media de la noche, que entraba en su casa como si viniese del obrador.

Las disculpas para estas correrías se iban acabando, y llegó el momento de que «Madame Gutiérrez» llamase á Manuela para manifestarla que allí no podía continuar su recomendada. La bondadosa vecina amonestó á Soledad, y no quiso decir nada á su padre para evitarla unos golpes. Dos años llevaba rodando por otros obradores, y no progresaba en el oficio; se la caía la aguja de las manos; en cambio, sabía girar á izquierdas y hacer filigranas con su cuerpo á los compases del *Pombia*. Un chulillo decidor y pinturero, que atendía por el «Pollo del Clavelito», la venía preocupando demasiado; aquel chaval, de palabras zalamerías, iba descubriendo en ella un amor que jamás había sentido por ningún otro, y un atardecer, allá en el rincón de



un merendero de Bellas Vistas, dialogaba con él de esta manera:

—¿Hace un vaso del moreno?

—Hace.

—¿Hace un par de giros de schotis como pa que



nos llame la atención el bastonero y nos tenga que mirar con gafas ahumás la concurrencia?

—Hace.

—Pero que la mar de tiempo que sueño contigo, niña.

—¿Qué palabrero eres!

—Lo que quieras, rica; pero se me está desrizando el pelo de tanto pensar en ti.

—Sí qu'és lástima, porque tenías una cabeza que parecía d'astracán.

—Duro y cógete á mí, chiquilla, que ya le está dando el *Panchito* á la «cigüeña».

—¿Qué es esto que tocan?

—Un pretexto pa' decirte dos frases bordás en cañamazo y trasportarte al paráiso terrenal.

—Güeno; pero no seas Adán, y cuidado con lo que haces, qu'está en el timo la parroquia; y no t'agarres tanto, que no me gustan los cangrejos.

—Si te pones tonta, emigro.

—¿Y qué es eso?

—Irme muy lejos de ti, nena.

—¿Y serías capaz?...

—¡Ay, qué rica! ¡Ya has dao la cédula!...

—Oye: pero que perdemos el compás, y éste es el último que bailo, porque se m'hace tarde pa' ir á casa.

—Pero, ¿no habíamos quedao endenantes en que cenabas conmigo?

—No m'atrevo. ¿Qué digo yo luego á mi padre y á mi madrastra?

—Pos qu'has velao...

—Por Dios, hombre, que nos van á ver. ¡Qu fresco eres!

—Pa fresca, tú, ¡capullo de Mayo!...

—Bueno; pero aparta, que ya han dejao de tocar.

—Por eso toco yo ahora.

—¡Qué charrán eres!...

—¡Y tú qué bonita! En cuanto alguno te mira, me baila la navaja en el bolsillo. ¡Míalas!

—¡Desagerao!...

—Anda y tira ya por aquella veredita de los pinares, que te voy á llevar colgá de mi brazo á la gloria.

—No, por Dios, que ya es casi de noche y tengo que ir á casa.

—Entonces, ¿es que no me quieres?

—¡No me digas eso!...

—Chiquilla: ¿estás llorando?... Así me pareces más hermosa que nunca... Anda, vamos; si es ahí, en el otro merendero d'allá abajo; antes de las diez estás en tu casa.

—¡Que no, que no m'atrevo!

—¡Muchas gracias, mujer! ¡Está bien la cosa!

—¡Pero no t'enfades tú, mi vida!

—¡Repíte eso de mi vida!

—¿Lo quieres tú?

—¡Lo quiero yo!...

—¡Sea!...

.....
Y por la vereda de los pinares desapareció la Chica de la Arganzuela, del brazo del «Pollo del Clavelito», de aquel chulo, gavilán de palomas, que, después de malherirlas, las deja abandonadas en el mal camino, á merced del caminante que quiera recogerlas.

En el silencio de la noche, allá lejos, se oía una copla flamenca, cantada, quizá, por alguno que regresaba de una juerga, y que decía así:

«Yo tenía un capullito
que era el mejor de mi huerto;
le cortaron de la rama,
¡por él llora el jardinero!»

En los arrabales de las Peñuelas, próximo al barranco de Embajadores, se hallaba la guarida de la *tía Potingues*, una vieja de ojillos de azabache, nariz aguilena y boca de candil, con aspecto de bruja de leyenda. Era esta mujer famosa en la barriada, por sus encantamientos, bálsamos maléficos y hechicerías para remediar los males del alma y del cuerpo. A la echadora de cartas acudían las que, creyéndose traicionadas por el hombre á quien, incautas, habían entregado su amor, buscaban en el naípe la verdad de sus zozobras.

A la luz verde misteriosa de una linterna, y ante un sucio pebetero donde quemaba hierbajos y raspaduras de cuerno y azufre, adivinaba la suerte y sino de la persona, que, atraída por la infernal embaucadora, iba repitiendo las camelísticas palabras, que ella pronunciaba misteriosamente: *Satanás que por el mundo vas, la cruz del ángel bueno t'echa p'atrás. Mokabari, á ti lleguen los salmos de la zahorí.*

De tal forma vivía aquella bruja del diablo, que tan sólo dejaba su zahurda para poder respirar los aires puros del arroyo al toque de ánimas.

A aquella casa fué á parar Soledad. En un cuartito que la *tía Potingues* alquilaba á las que ocultamente tenían que salir de ciertos cuidados, salió del suyo, amparada por la zahorí, que ejercía





también de comadrona, la Chica [de la Argan-
zuela.

Un año que no veía á su padre ni á nadie de los suyos. Avergonzada de su delito, caminaba errante, sin que supiesen de ella.

Su padre no la quiso perdonar. La madrastra echaba leña al fuego; se sintió digna, y no consentía que profanara con su presencia aquel cuartito, donde se respiraba honradez, la mala hembra, que les había llevado á la murmuración de las cotillas. Los buenos oficios de señá Manuela para aplacar los rencores, no hicieron efecto. Nada; no querían saber nada de la infame, que tiró al fango la acrisolada conducta de los suyos.

Soledad estaba triste; había mandado venir á señá Manuela para confiar á sus bondades todas sus culpas; no la había llamado antes, porque la dió vergüenza; pero ya no podía más: era necesario hablar con ella, contárselo todo, pedirle perdón. ¡Era tan buena!...

* * *

—Pero, hija, ¡cómo te ves por tu mala cabeza! ¿Cómo has dado lugar á esto?—dijola señá Manuela, emocionada ante aquel cuadro de dolor y colmándola de caricias.

—Ya sabía yo que usted vendría á verme.

—Unos minutos hace que me llevaron el recaó, y trabajillo me costó encontrar este embrujado rincón, pero aquí me tienes. Te creíamos todos lejos de los Madriles, y más que todos, tu padre.

—¿Cómo está el abuelo?

—Pero, ¿ya es abuelo?...

—¡Yal...

—¿Un chico?...

—¡Un chico!...

—¿Ande le tiés? Trae que le vea.

—¡Soy mu mala! Pa eso la he llamao, pa que usté sola sepa mi secreto. ¡Le eché al torno de la Inclusa!...

—¡Qué horror! ¿No sentiste angustia al cometer el delito?

—Sentí un ahogo que me mataba; pero ya está hecho... Me hice cuenta que allí lo harían hombre, y á mi lao, ¡qué sería de él! Además, esta vieja agorera que todo lo sabe y acierta los sinos, parece que me clavaba todos los días aquí dentro las mismas palabras: «Llévalo allí; tú eres hermosa; la caridad cristiana cuidará de él, y tú seguirás por el sendero de la vida sin ese «equipaje», que tanto pesa.» ¡Así un día y otro día!... ¡Qué horror!

—¡Angelito! ¿Y quién es su padre?

—Uno; casi no se lo puedo decir á usté: un chulo de merendero, el «Pollo del Clavelito» le dicen. ¡Mal fin tenga! Me hizo creer que me quería, y cuando se iba acercando esto, se lo llevó un nublao, y no volví á verle. Después m'han dicho que éste es su oficio; que se dedica el ladrón á quitar honras y á robar ilusiones...

—Pero, ¿lloras por él?

—Lloro porque, al verla á usté, m'acuerdo de cuando llegaba á su casa todas las tardes rendida de jugar con otras chicas, y usté me daba de merienda un cuscurreo de pan y un beso.

—¡Mal seguistes mis consejos!...

—¡Mal los seguí! ¡Qué le vamos á hacer! ¡Ahora,
á rodar por el mundo!

—¡Y á ser buena!

—O mala, señá Manuela; ya na me importa na,
¡Será éste mi sinol



SEGUNDA PARTE

Ayuntamiento de Madrid

I

La casa del *tío Cotorro* era una casa de vecindad chamberilera, muy semejante á la de «Tócame Roque». Ejercía de portero un viejo remendón, federal de Pi, bebedor de las ideas democráticas y bebedor del vinillo manchego, que, á buen seguro, lo inventaron los dioses para sus festines. El «ilustre» remendón, para contrarrestar la competencia que le hacía el compañero de enfrente, había puesto en su chirivital, y á pesar de sus ideas federales, el siguiente cartel:

D A M I A N

SE ECHAN TAPAS Y TACONES

SERVICIO ESMERADO

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

La *tía Federala*, su mujer, vendía verdura por las esquinas del barrio, y, una mañana con otra, traía á su casa tres pesetas, producto de la venta; y que, unidas á las que ganaba su *Damián*, no era *pa* echar coche, como ella decía, pero sí «*pa* regodearse una un rato y darse el postín de echar chorizo al puchero». Además, el *tío Cotorro* les daba diez pesetas y el último cuarto del corredor por cuidar de la casa y hacer la recaudación de la misma, ¡que era lo difícil!, porque allí el pagar al *casero* era una vulgaridad.

Una mañana amaneció mal para el matrimonio; se susurraba por el patio y los corredores que iba á venir el juez á proceder, por trámite de desahucio, al lanzamiento, y echar los trastos á la calle á una pobre vecina enferma, y que, por tan triste motivo, no pudo abonar unos meses que debía. Paca la pantalonera, moza de armas tomar, llevaba la voz cantante de los vecinos de la casa para protestar de aquella injusticia.

—¡Que salga aquí ese remendón!—gritaban los vecinos á la puerta del chirivital del señor Damián.

—¿Quién ha dicho remendón?

—Una servidora—contestó la Paca.

—Pos sepa la distinguida sastra que soy un artífice del zapato Luis XV.

—No m'haga usted de reir; usted no hace ni borceguises estilo Celedonio IV, porque ver y creer: aquí tienen ustedes unas medias suelas que m'echó este artista ayer.

—Pero, hija, es que trajiste esos zapatos que eran dos góndolas venecianas.

—Al asunto, al asunto—gritó otra vecina.

—Y, ¿ande se va tan tempranito?—repuso Damián.

—A protestar d'una inominia; á no permitir que echen al arroyo á esa pobre mujer del tercero que vive en ese guardillón, que más bien parece destinado á un perro que á una persona. ¡Se arruinará el *tío Cotorro* cuanti más!... ¡Mia el mojamero, que vende pa los fritos el aceite que le trae de las lámparas el sacristán de las monjas, y en lugar de garbanzos nos larga perdigones zorreros!... ¡Que no, vamos, que no!

—¡Y yo me sumo á la protesta!—dijo la *Federala*.

—¡Pero, desgraciá, que nos echan de la portería!

—¡Que nos echen!

—Venirsus á razones: el *tío Cotorro* está el hombre ya cansao.

—¡Pos que se sientel

—Cansao, digo, de que no le paguen.

—Vamos, dígame usted que se cure los sabañones por la electricidaz.

—¡U por el método de *Han!*...

—¡Silencio! ¡Qu'hable la Paca!

—Gracias, hijas. Me votaréis pa las próximas. Dígame usted al casero, de parte nuestra, que por las malas, no; que debiera estar agradecido, pues si no habitaríamos nosotras en la casa, se la comían los coleópteros.

—¡Qué lástima que estés casá con un cerrajero, con lo que vales, chical

—¡Cuartos d'hora malos qu'hay!... Conque, ¿sí á sí?

—Eso ya no es cosa del casero; ahora está el juez en funciones.

—Pos entonces, ya lo sabéis, compañeras: no queda más recurso que quemar la casa.

—¡Ahí le duele!

—Ahora ca una á su habitación, pero sin ruido, sin escándalo, no vayan á creerse que semos de «al todo sesenta y cinco».

Fueron las vecinas desfilando pacíficamente, como las aconsejó Paca la pantalonera, mientras en el phirivital quedaban riñendo, con vistas al divorcio,

Damián y su costilla, que se había pasado al bando rebelde.

—No acierto—decía el remendón—á explicarme qué sus importará á vosotras esa mujer del tercero, que no habla con nadie y que tan misteriosamente se oculta en su cuartucho, sin que sepamos qué clase de pájara será ésta, que no dice ni pío.

—La conozco yo, y bien; y aunque la ves demacrada y canosa, no tié arriba de treinta y seis años; se crió por el Campillo del Mundo Nuevo; después, su vida fué una novela más de correrías y desengaños. Su padre fué compañero de mi hermano en el taller del señor Tiburcio, el carpintero d'armar; á ella, en el mundo de la garata, la conocían por la *Sole*, pero en sus principios fué *La Chica de la Aranzuela*. Su historia es la historia de una de tantas: hoy uno y mañana otro, hasta que tropezó con Poli el contratista d'obras, que la tenía hecha una reina. ¡Vaya casa y vaya ajuar! ¡Aquello era rumbo!

—¿Y lo merecía la manusa?

—Era bonita como un tesoro, y buena, era buena, la verdá en su terreno; se enamoró de ella Poli un día de la verbena del Carmen; hablaba ella entonces con un muchacho *grupier* que la daba ¡moscas, cuatro! y que la tenía á régimen d'alpiste; llegó este marchoso Poli, que sabe tirar un verderrón á tiempo, y por la verbena del año siguiente la paseó en *manuela* á to trapo, y encienda usted la batería, que pasa su alteza. Unos solitarios, pero no de los del cloroborosódico: de roca antigua y de los de dos billetes d'esos del *Palé Royale*. ¡Y vaya mantón! ¡Y vaya peinao de peinaora, y zapatos bebeses, de los que tú no has visto, á pe-

sar de ser del oficio, ni en un sueño de nada!
¡Bien la lucía el Poli por la verbenal! ¡Y bien regalá la tenía por aquel entonces! Pero, lo que pasa: al cabo de algún tiempo se cansó d'ella; llegó otra con más alioli en la silueta, y después ni pendientes, ni mantones, ni na, ni na. Uno que la coge, otro que la deja; unos días bien y otros mal, fueron pasando los años, y dando tumbos, y ahí lá tiés hoy, viviendo de limosna, llevando en su cara las amarguras de su vida y con el pelo cuasi blanco, como el de una viejecita, aquella moza juncal y postinera que paseaba su majeza y su hermosura en otros tiempos por verbenas y romerías. ¡Pobre mujer!

—¡Pos sí que ha bajao el termómetro!

—Por eso me puse del lao de Paca la pantalónera, porque, ¿dónde va esta infeliz creatura enferma?

—Sí. Pero aquí toos semos pobres; no podemos nacer na por ella.

—Por lo menos, que tenga cobijo.

—Vete tú con cobijos al *tío Cotorro*.

—¡Acuérdate de la hija que se nos murió, que, pa vivir de esta manera, bien muerta está! ¡Dios l'haiga perdonao!

—¡Agarra! ¡Pos sí que me amenizas el día!...

Y los dos viejos se abrazaron y lloraban recordando á su hija. De tal forma los encontró el *tío Cotorro*, que, malhumorado, iba á dar disposiciones sobre el lanzamiento de la vecina morosa.

—¿Qué pasa? ¿Se les ha muerto á ustés el gato?

—Es que recordábamos á nuestra hija.

—Bueno. Pos dejarse de pamplinas, y ya saben que á las diez llega el Juzgao.

—Miusté que esa pobre está muy enferma.

—¡Pos que se muera en un hospital, pero no aquí!

—Como usté no tié hijas, no sabe lo qu'es esto.

—Y ustés se van con ella, y en mi casa mando yo, y hemos acabao.

—¿Lo ves? Ya te decía que íbamos á perder la portería por nuestra mala cabeza.

—¡Por nuestro buen corazón! Que no es lo mismo.



II

Por el áspero camino del dolor vaga sin rumbo aquella florecilla sin cuidados de jardinero que fué *La Chica de la Arganzuela*.

Herida en el corazón por los desengaños; extenuada por el alocado vivir, camina errante, como un pájaro sin nido, por las tortuosas callejas del Madrid popular. De la Morería á la Corrala y á la Llorosa va buscando calor de hogares amigos, que no encuentra; á alguien que reconozca en aquellas humanas ruinas á la que fué chavala hermosa y bullanguera.

Todas las puertas se cierran á su paso; aquellos que convivieron con ella no la conocían ya, no la querían conocer, y no faltaba quien dijese al verla:

—Vaya con Dios la presumida; en épocas mejores pa ella iba repartiendo el rumbo y la fanfarria por el barrio, y hoy, extenuá por el vicio, y con el bagaje de sus culpas, viene buscando caridad cristiana, que ella no tuvo pa las mozas de entonces que morían de achares y envidia de su hermosura, ni pa los mozos bravíos que se la disputaban á puñaladas. Vaya bendita de Dios la mala hembra que tiró su hermosura al arroyo. Míala hecha trizas, caminando en el mundo por los senderos del sufrir...

Y mientras algunos se hacían estas consideraciones, Soledad, casi á rastras transida de dolor,



flegó al Campillo del Mundo Nuevo; y al ver á las
chiquillas que diableaban en aquellos lugares, don-
de ella también había diableado, suspiró y dijo:
—¡Pobres niñas! ¿Cuál de vosotras será la que

sin besos de madre y al cuido de una madrastra, tenga que vivir como yo vivo, sin saber lo que es amor?...

Soledad preguntó á una vieja vecina de aquellos lugares, que por allí pasaba, por señá Manuela, aquella santa mujer que trató de entrenarla en el trabajo y en el buen vivir, y á quien tan malamente había pagado sus buenos consejos. Seis años que no sabía de ella; quizá hubiera muerto también, como murieron su padre y su madrastra. Nadie le daba razón de la buena vecina protectora de su infancia, que en aquellos momentos de angustia para ella sería su único consuelo.

No podía sostenerse: la ahogaba la fatiga y la flaqueaban las piernas.

Era bien triste para Soledad aquel atardecer: llegaba la noche y no tenía dónde albergarse ni una voz amiga que la prestara consuelo. El viento arrastraba las hojas que caían de los árboles, y entre aquellas hojas caminaba como una más, desprendida también del árbol del desengaño, aquella pobre mujer.

—Señor—le dijo á un hombre que por allí pasaba.

—Dios la ampare, hermanita—se apresuró á decir el desconocido.

Y ella repuso, herida en su amor propio:

—No es limosna lo que le he de pedir: es preguntarle, buen hombre, si es que sois del barrio, por una tal señá Manuela, viuda de un tal señor Ramón, que era tallista.

—Claro que la conozco—contestó el viejo transeunte.



—Pero, ¿vive?—preguntóle, llena de alegría, Soledad.

—Mu malamente, pero vive, cerca de las casas del *tío Rilo*, en una calle de ahí y en una casucha de esas de por junto á unos aduare de gitanos. La recogió un sobrino suyo, algo chalán, que vive de lo que gana en el mercao de ganao con el *emburreo*. Allí la tiene como á una momia, alelá y paralítica, sin conocer á nadie... Pero, ¿está usted llorando?... ¿Es usted, acaso, de la familia?...

—Lloro porque la iba buscando pa que me amparase, y, tristemente, también ella lo necesita. ¡Pobre señá Manuela! Sí, señor, como de mi familia era; ella cuidaba de mí cuando yo era niña, y mi madrastra se iba á la Fábrica de Tabacos, y mi padre á las obras. Usted debió conocer á mi padre; su nombre era mu sonao por estos contornos; se disputaban la primacía en el cante flamenco él y Sierra, el del Matadero. Mi padre era un santo; pero aquella maldita mujer lo traía atontao y lo dominaba. En el barrio, por aquel entonces, lo conocían y lo admiraban todos porque cantaba muy bien.

—¿Cómo le decían á su padre de usted?

—Le decían Leandro el carpintero.

—¿Pero usted, digo tú, eres hija de Leandro?—repuso, lleno de admiración, aquel simpático viejecillo.

—Sí, señor.

—Yo era muy amigo de tu padre; nos queríamos mucho y alternábamos juntos; yo soy, no conoces otra cosa, Manolo el trapero.

—¿Usted el señor Manolo? ¡Tonta de mí, que no le había conocido!

—Los años no pasan en balde. Ahora recuerdo bien de ti; de chavalilla eras una pimienta, y también retengo en mi memoria la noche célebre que faltaste á tu casa, y que varios amigos, con tu padre, te íbamos buscando como locos por todo Madrid, y la pájara sin parecer.

—Esa fué mi perdición, señor Manolo. Yo era una *cateta* que no sabía na de na, y me entregué á aquel canalla, que puso mi honra en coplas, que llevaba de taberna en garito, publicando mi deshonor; después, la eterna historia... Un tropezón aquí, otro allá y un roe roe aquí dentro que acabará conmigo.

—Aquella vergüenza fué la que achicó á tu padre y acabó con su vida; era mu pundonoroso aquel carpinterito; dende entonces, siempre que lo hacían cantar, decía esta copla, con más sentimiento y emoción que nunca:

«Campillo del Mundo Nuevo,
ya no está en él mi paloma:
me la robó un gavilán;
la vida se me fué toda!»

—Y ¿qué te pasa? ¿Estás enferma?

—Los médicos dicen eso, pero yo creo que lo que me mata es la pena y el remordimiento, un delito que pesa sobre mí, una cosa que llevo mu adentro y no me deja ni respirar siquiera. ¡Ampáreme usted, señor Manolo!

—Hija, con mucho gusto; pero, ¿quién me ampara á mí? El negocio va mal; hoy no se desecha ya la ropa vieja, y los muebles los hace la gente

como cosa de la familia. Yo, esta noche, y mañana, y al otro, y hasta que Dios quiera, te puedo dar cobijo en mi guardilla, y un cuscurreo de pan, y salsa donde lo mojes no ha de faltarte; pero hazte cargo que en mi casa hasta el gato bosteza de necesidad.

—Poca guerra le daré; ya buscaremos á alguien pa que me admitan en un Sanatorio.

—Yo tengo un compañero de mus que es guardia, y pué que nos ayude á buscar una influencia; y no lo pensemos más; la noche viene con hielo. Cuélgate de mi brazo y andandito para casa, que es mu chiquita pa tanta familia. Con calzador vas á tener que entrar en ella; pero vaya todo á la memoria de tu padre, que, aunque jugando al tute me cantaba las cuarenta á tiempo de javeras, fué un amigo y un correligionario. Apóyate, apóyate bien, que, aunque viejo, aún tengo fuerzas pa sostenerte.

Ibanse alejando poco á poco del Campillo del Mundo Nuevo, por la Ronda, y aún llegaban á Soledad los ecos de aquellos cantos infantiles de las muchachas que jugaban al corro:

—¿Quién será—volvió á decir—de vosotras la que, sin besos de madre y al cuido de una madrastra, tenga que vivir como yo vivo, sin saber lo que es amor?



III

Al caer de la tarde de un día de otoño, Soledad contemplaba melancólicamente cómo caían las hojas secas de los árboles del jardín de aquella santa casa que la caridad fundó en las cercanías de Madrid para refugio de infelices tuberculosos. En la torre de la capilla del Sanatorio tocaban á la oración, y al tañer de las campanas, que eran gemidos, los tristes enfermos ibanse recogiendo á sus pabellones, rezando la plegaria del atardecer.

Soledad había entrado allí por una influencia que buscó para ello el señor Manolo el trapero. La Chica de la Arganzuela, aquel diablillo con cara de ángel, que no tuvo quién la enseñara á rezar, cruzando sus manos marfileñas, miraba al cielo, diciéndolo todo sin decir nada, y de aquellos ojos, que brillaron como luceros, brotaban lágrimas de dolor, que, al resbalar por su cara, parecían gotas de rocío sobre una flor pálida sin aroma y sin vida.

Por el ancho ventanal contemplaba la infeliz enferma la silueta del Madrid de sus correrías, y así la sorprendió sor Luz, una monjita con cara de virgen, que llegó á ella cariñosamente para decirla:

—Observo, hermana, que todos los días, al morir la tarde, la encuentro en este sitio, y mejor sería que respirase los aires puros en el otro ventanal, que da á la Sierra. Así lo ha dicho el doctor;



no hay que ser rebelde; además, he notado que, al vislumbrar la silueta de Madrid, llora y suspira; quizá la perjudiquen para su bienestar los recuerdos del pasado.

—¡Mi pasado! ¡Qué horror! No quisiera acordarme de él, hermana; bien sabe Dios que no miro hacia allá esperando que lleguen á mí los aires de la Corte, ni el griterío de las gentes, ni el sonar de los organillos verbeneros, ni el rasguear de las

guitarras, ni el eco de las coplas de la juerga; no, hermana; no miro al mundo en que he vivido, porque me repugna; miro á un mundo que desconozco; miro aquella mancha negra que es Madrid, y aquel resplandor de sus luces; miro, y no veo; quiero escuchar, y no escucho... Yo fui una florecilla silvestre sin cuidados de nadie; rodé por el mundo, sin freno; no supe lo que era amor de madre, y quizá por eso no supe tampoco, y esta es mi pena, ¡lo que valía un hijo!...

—Vamos, serénese; no es esto lo que la conviene; hay que tener puesta la confianza en Dios, y hacer por vivir para usted y para los suyos.

—¡Los míos! ¿Y cuáles son los míos? Mire, hermanita buena, á usted se lo he de confesar; pero, perdóneme.

—Sí, hermana, sí. Dios perdona á todos.

—Yo tuve un hijo; era yo una loquilla; llegó un charrán, me chaló con sus palabras engañosas y, ciega, me dejé llevar por los malos senderos por donde me llevó, y tropecé y caí. Estaba escrito, como dijo mi madrastra al enterarse de mi desgracia. Vino al mundo una infeliz criatura; yo quise ocultar mi deshonor, y una noche de nieve, le arrebujé en un mantoncillo; vivía yo entonces por las Peñuelas; crucé la Ronda, subí por Embajadores y temblando llegué al torno de la Inclusa; le di un beso, y allí se quedó, y yo me quedé sin él para siempre... ¡Bien estoy pagando mi culpa!...

—Tranquilícese; si nos viera el médico de guardia, nos reñiría á las dos.

—¿Me perdona?

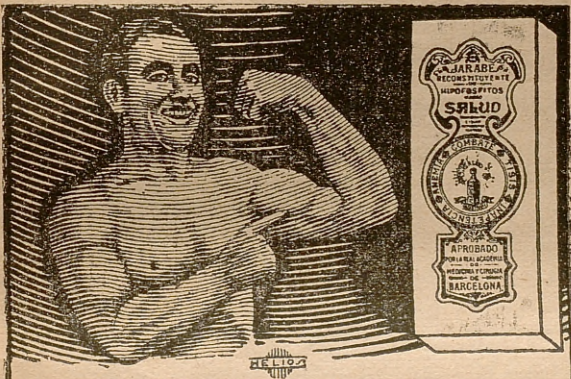
—Rece, hermana, rece, para que la perdone Dios,

—¡No se rezar!

—Pues rece conmigo...

—Yo sé que me voy acabando; poca guerra he de dar en el mundo; pero déjeme, hermanita, que al morir la tarde busque este sitio para mirar hacia allá, donde él debe estar; donde quizá sea un hombre honrao; junto á él no hubiera sido yo mala; él me hubiese redimido con sus bondades, su trabajo, su amor y sus besos serían para mí; déjeme mirar, que, aunque no le veo, hermana, quizá esté allí suspirando también por su madre..., por una madre que busca y no encuentra... ¡Alma de mi alma, perdónamel... ¡Qué pena tener un hijo y morir sola!... ¡Perdón, hermana, perdón pa esta florecilla del arroyo que hoy, marchitada, se deshoja!... ¡Perdón pa *La Chica de la Arganzuela*!...

FIN



¡Hombres débiles, desnutridos, agotados!
Haceos fuertes enriqueciendo vuestra
sangre y vigorizando vuestros nervios
con el famoso Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

32 años de éxito creciente

ÚNICO APROBADO POR LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA

AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior **Hipofosfitos Salud**, impreso en tinta roja. En la Argentina pídase **Hipofosfitos Salud**.

La Novela Semanal

Precios de subscripción (PAGO ANTICIPADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Año 12 ptas.

Semestre..... 7 —

EXTRANJERO

Año 20 ptas.

Semestre..... 12 —

PORTUGAL

Año 14 ptas.

Semestre..... 8 —

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal, sellos de correos ó sobre monedero

Ayuntamiento de Madrid



PUBLICACIONES
DE
PRENSA GRAFICA

Ayuntamiento de Madrid